

magníficos elogios de nuestras santas, y la Iglesia ha insertado sus nombres en el sagrado cánon de la misa.

Sus preciosas reliquias fueron trasladadas de Africa á Roma; y tambien se veneran algunas en Francia en el monasterio de Devre cerca de Bourges, adonde las trajo de Roma san Raoult, ó san Roaldo.

SAN EULOGIO, PRESBITERO, MÁRTIR.

San Eulogio, uno de los mas brillantes astros de la Iglesia de España, uno de los mas célebres doctores ortodoxos, y uno de los mas ilustres mártires de Jesucristo, nació en la ciudad de Córdoba en tiempo que los árabes eran dueños de ella. Sus padres, descendientes de la primera nobleza de los Romanos, y que hacian profesion de la religion cristiana, educaron al niño con el mayor cuidado en las máximas del Evangelio; é impresas estas firmemente en su corazon desde sus primeros años, arreglaron despues sus costumbres, conformándolas en todo con la ley santa de Dios. Dedicado el jóven Eulogio al servicio del Señor en la iglesia de san Zoilo de aquella ciudad, é incorporado en el seminario, ó sea colegio eclesiástico de aquel templo, emprendió con el mayor fervor la vida clerical, y la carrera de las letras. Como se hallaba dotado de un ingenio naturalmente vivo y de grande comprension, hizo en las ciencias maravillosos progresos. Su deseo de instruirse y adelantarse en los conocimientos sabios era tan grande, que no satisfecho con la enseñanza de los maestros ordinarios á cuyo gobierno estaba fiado, buscaba otros por quienes la fama y opinion de hombres excelentes y de superiores luces estaba declarada. Este espíritu le llevó á la escuela del abad llamado *Espera en Dios*, quien

por aquel tiempo era admirado y tenido como por un oráculo de ciencia y santidad: aqui se adelantó Eulogio considerablemente, y se hicieron bastantemente sensibles sus bellos talentos. Alvaro de Córdoba, su íntimo amigo y su cronista, que era alumno de la misma escuela, hablando de los progresos de nuestro santo, dice: con esta ocasion le conocí, y era tanta la dulzura y suavidad de su condicion, que mi mayor delicia era tratarlo. Fué estrechísimo el vínculo de amor y pia afeccion con que uní mi voluntad á la suya, y quedamos tan semejantes y conformes en los deseos, que con la misma inseparable uniformidad y sagrada correspondencia proseguimos los estudios bajo los preceptos é instruccion de aquel célebre maestro. Nuestros mutuos cuidados eran inquirir las verdades, y con mayor zelo y ardor las mas recónditas y elevadas de las santas escrituras. Tanta era y tan vehemente nuestra pasion por alcanzarlas, que aun no sabiendo manejar los remos de los primeros principios de la facultad, ya nos engolfábamos en el profundo piélago de sus misterios: de esto tratábamos boca á boca cuando nos veíamos; de esto nos escribíamos estando ausentes; estos eran los entretenimientos de nuestra juventud y nuestra recreacion, y en ellos teníamos librado todo el gusto de nuestra vida. Las disputas pacificas eran nuestra diversion, las escuelas nuestros paseos, y la sagrada escritura nuestros jardines.

Particularizándose despues de esto con Eulogio, añade: consagróse desde sus mas tiernos años á las letras eclesiásticas, y creciendo cada dia mas y mas, tanto en el estudio de las ciencias como en el de las virtudes, consiguió la perfeccion de estas, y alcanzó el realce de aquellas. Descollando sobre sus contemporáneos, lució con tal sabiduria, y brilló con tal erudicion, que era aclamado por doctor de los maestros, á los que sobrepujaba, si no en edad, ciertamente en

sabiduría. Siendo un solícito investigador de las santas escrituras, y del espíritu é inteligencia de sus sentencias, era todo su fuerte meditar de día y noche en la ley del Señor. ¿Quién podrá, sigue el mismo historiador, declarar bastantemente la grandeza de su ingenio, la gracia de su estilo, la afluencia y nervio de su elocuencia? ¿qué libro hubo que no leyese, qué escrito ingenioso de excelente católico ó filósofo gentil, que no recorriese con deleite? En descubrir obras exquisitas; en leerlas y aprovecharse de lo mejor de sus máximas, fué diligentísimo é incomparable. Siempre procuraba imitar á los antiguos padres, á los que profesaba un amor y veneracion singular; y así representaba la gravedad de un Jerónimo, la modestia de Agustino, la mansedumbre de Ambrosio, y la firmeza de un Gregorio; pero lo mas admirable todavía es que, aun siendo un varon versado en todas las facultades, y que á todos precedia y se aventajaba en saber, parecia el mas humilde de todos, no queriendo saber solo para sí, sino para comunicar su doctrina á todos.

No conspiraban los deseos de Eulogio á solo fecundar su entendimiento con conocimientos especulativos: el torrente de luz que estos despedian, servia de fuego para encender su voluntad; y el Señor, que ilustraba con tan visibles gracias su espíritu, inflamaba su corazon llenándolo de un amor vivo y entrañable por las cosas celestiales, de cuyo ardor santo vivamente movido, corria, si no volaba, en el camino de la perfeccion. Lleno de estas sublimes é inmortales ideas, jamas dió lugar ni entrada en su pecho á las fantásticas é ilusorias afecciones de la tierra, concretando su trato únicamente á aquellos amigos en quienes advertia las mismas inclinaciones á la virtud, y los mismos sentimientos de piedad.

Como á los conocimientos que se adquieren con la

verdadera sabiduría, son consiguientes los deseos de aspirar á un estado mas perfecto, apenas llegó Eulogio á la edad competente, cuando abrazó el sacerdocio; habiendo ya dado pruebas de merecerlo por la exactitud y zelo con que se habia ejercitado en los órdenes precedentes. Constituido en este ministerio, dice su cronista, se consagró con mayor desvelo al estudio de las santas escrituras, á los saludables ejercicios de la penitencia, ayunos y vigias; á frecuentar devotamente los monasterios; de suerte que, hermanando ambas vidas de sacerdote secular y de solitario contemplativo, conversando con los clérigos, parecia profesar el instituto regular de los monjes, y hablando con estos, la regla clerical de los sacerdotes. Con unos y con otros se manifestaba profesor de ambos estados, de forma que, asistiendo en el de la soledad, no faltaba al del siglo, y estando en este, no se apartaba de la religion. Iba muchas veces á las sagradas juntas de los monasterios; mas porque no pareciese menospreciar su estado, volvía con los sacerdotes; y despues de haber conversado con ellos algun tiempo, porque no se debilitase la virtud de su espíritu con los cuidados del siglo, se restituía al claustro, buscando en este retiro al amado de su alma. En la iglesia esparcia su doctrina, en el monasterio perfeccionaba su vida; y abrasado en el amor de la perfeccion, pasaba por la peregrinacion del mundo con angustia de su alma, anhelando por verse libre de todo lo humano para volar al cielo, donde gozase de todo lo divino.

Encendido en vivos deseos de visitar personalmente los santos lugares de la capital del orbe cristiano, regados con la sangre de tantos mártires como allí habian padecido por la fe de Jesucristo, á los que tuvo siempre particularisima devocion, resolvió pasar á Roma en traje de peregrino, á fin de macerar su carne con la aspereza del saco y los trabajos é inco-

modidades de tan penoso viaje; pero reconvenido de sus amigos sobre la falta que hacia su personal asistencia á sus compatriotas en las deplorables circunstancias en que se hallaban, como era religiosísimo para con Dios, compasivo y misericordioso para los prójimos, cuyos males sentia como propios, desirrió á los ruegos, y cedió de sus intentos por no defraudar á sus hermanos de los auxilios que pudiera prestarles su noble caridad.

Si no tuvo efecto esta santa expedicion, poco tiempo despues emprendió otra, con el fin de visitar á sus íntimos amigos Alvaro é Isidoro, desterrados de Córdoba á los confines de Francia. Llegado á los Pirineos, no pudo penetrar en aquel reino por estar interceptados los caminos con la guerra que á la sazón hacia el duque Guillermo al rey Ludovico; y habiendo visitado el monasterio de san Zacarías, que está al pié de los Pirineos, volvió á Pamplona, cuyo obispo Wilisendo, despues de haberle hospedado con muchas demostraciones de estimacion, le dió sugetos prácticos que le acompañasen por todos los monasterios de la provincia. En esta expedicion descubrió muchos libros, hasta entonces desconocidos, como fueron: los de la Ciudad de Dios de san Agustin, la Eneida de Virgilio, las Sátiras de Juvenal, las obras retóricas de Porfirio, los versos sobre la virginidad de san Adelmo, las Fábulas métricas de Rufo Festo Albino, y los Poemas sagrados de Prudencio y otros españoles. Al mismo tiempo adquirió noticia de no pocos varones ilustres, honra de nuestra patria, cuya memoria quedaria acaso sepultada en un perpetuo olvido, si no la hubiera resucitado nuestro santo. Desde Navarra pasó á Zaragoza, Sigüenza, Alcalá de Henares, y llegó hasta Toledo, dejando en todas partes recuerdos inmortales de su heroica piedad. Fué detenido en esta última ciudad por su arzobispo Witrismo, el cual no cesaba

de admirar las relevantes cualidades de un jóven tan sobresaliente en sabiduria y santidad. Conocido su mérito personalmente con este motivo en aquella capital, habiendo muerto despues Witrismo, congregados los obispos de la provincia, el clero y pueblo, para elegir sucesor de aquel insigne prelado, lo hicieron en Eulogio que se respetaba, y era considerado como el primer hombre de la Iglesia de España, tanto por su doctrina, capacidad y virtud, como por la gloriosa confesion que ya habia hecho de la fe de Jesucristo. Pero no llegó el caso de consagrarse en la dignidad, porque como la divina Providencia le reservaba para la corona del martirio, dispuso que algunos obstáculos suspendiesen la promocion.

Volvió Eulogio a Córdoba, concluida su famosa expedicion, con nuevo y mas esforzado ardimiento para trabajar en la viña del Señor. Visitó las iglesias y monasterios, levantó á los caidos, ilustró á los ignorantes, y consoló á los afligidos, observando en todo sus ejemplares costumbres y tenor de vida anterior.

Suscitó Abderramen en el año 850 de Jesucristo una cruel persecucion contra los cristianos, mas fomentada si cabe en el de 852 por su hijo Mahomad; y tomando Eulogio como diestro piloto el timon de aquella Iglesia, expuesta á peligrar entre los furiosos vientos de la tempestad, empleó toda su actividad y su zelo en sostener á los que sacrificaban sus vidas por Jesucristo, y daban con su sangre un heroico testimonio de las verdades infalibles de nuestra santa fe. Él los alentaba para los combates, los instruía en el modo de manejar la palabra de Dios, y de vencer á los enemigos de la Religion, exponiendo su vida cada dia, acompañándolos á los cadalsos para infundirles valor y constancia. Celebró sus triunfos en tres libros que compuso con el título de memorial de los Santos:

debiéndose á su cuidado lo que hoy sabemos de sus hechos, y lo que de su vida y su muerte leemos en las historias. Defendió el partido de los mártires contra los que á pretexto de paz reprobaban el heroísmo de su voluntaria presentacion, en el libro que intituló *Apologético*; y lo hizo con tan vivas y eficaces razones, con tanta piedad y doctrina, con tanta y tan cordial devocion, que mereció ser recibido en el número de ellos por el Señor. Es excusado ponderar el zelo de su cristiano pecho, el tierno afecto de su alma para con Dios, su humilde reverencia para con los santos, la sencillez y verdad con que escribió sus actas; pues sus palabras dulcísimas, devotísimas, y dignas ciertamente de ser leídas, encienden en el corazon aquel amor divino que ardia en el suyo.

Conociendo los Árabes el ningun efecto que producian los horrorosos estragos de la persecucion para contener el valor de los cristianos, y que antes bien servian para alentarlos mas, y para que no pocos moros se convirtiesen á la Religion admirados de su constancia; para atajar este daño, tuvieron por mas poderoso medio quitar el ejemplo, que hacer escarmiento en los que lo podian dar. A este fin, Mahomad, hijo y sucesor de Abderramen, rey tirano y bárbaro, si cabe todavía mas cruel que su padre, introduciéndose en lo sagrado, hizo llamar á Recafredo, obispo metropolitano, segun parece, á efecto de que con su autoridad quebrantase el orgullo de los que se ofrecian continuamente al martirio. Recibió este indigno prelado el encargo, y con él el mismo espíritu de ira de Mahomad, constituyéndose ministro de sus atrocidades. Entró por las iglesias, no ya como pastor, sino como un lobo carnicero, á devorar rabiosamente el rebaño inocente de Jesucristo; descargó su impetuosa cólera sobre el clero, y puso en dura prision al obispo de la ciudad con los sacerdotes que pudo haber

por entonces, esmerándose su saña principalmente contra Eulogio, de quien sabia que era el jefe y caudillo de los cristianos. En tanto que los demás sacerdotes pensaban en el modo de recobrar su libertad, nuestro santo se ocupaba todo é infatigablemente en la oracion, meditacion, lecciones sagradas, y en consolar y esforzar á sus compañeros para que se mantuvieran fieles á Dios. En la misma cárcel compuso aquel admirable tratado con el título de *Documento del martirio*, el cual, por mano de su amigo Alvaro, dirigió á las santas virgenes Flora y María, presas por la fe, para fortificarlas, y alentarlas á sufrir con valor la muerte por amor de Jesucristo; manifestándoles que por sus méritos, á los cinco dias despues de su glorioso triunfo, conseguirian su libertad los que se hallaban en prision; cuya profecia se cumplió á la letra el año siguiente.

Puso en libertad Recafredo á los sacerdotes bajo cierta fianza; y no satisfecho con esta seguridad, les tomó juramento sobre la santa cruz y el libro de los evangelios, de que en adelante no se ofrecerian voluntariamente á la muerte, ni condenarian en público la secta del falso profeta Mahoma; ceremonia infame que hizo observar aquel lobo en hábito y con nombre de pastor, por complacer al rey infiel. Muchos de los que antes se mostraban constantes en la fe y enteramente contrarios á la opinion de este odioso obispo, que tan en oprobio de su dignidad prestaba su ministerio á los mahometanos, ó quebrantados del tormento de su áspera y dilatada prision, ó acobardados con las rigurosas amenazas que contenian las nuevas leyes, hacian buena cara al tirano y disimulaban en lo exterior el sagrado aborrecimiento que le tenian en su corazon. Desamparado el rebaño de Jesucristo, sin auxilio ni proteccion, se vieron las iglesias cubiertas de luto, afligidos los ministros del santuario, y

marchitas las vírgenes, clamando en el secreto de su alma al cielo. Eulogio, mas que todos sensible á esta desgracia, pero no viéndose con poder para resistir al tirano, deshecho en sentidas lágrimas, se arrojaba en la presencia de Dios, pidiéndole el remedio de aquella extrema necesidad. Abstúvose de celebrar, y de toda otra funcion eclesiástica, para no comunicar en lo sagrado con el perverso pastor; pero no siéndole lícito excusar su trato, por no darle motivo á que descargase su enojo contra los fiadores, solo esperaba ocasion de manifestarle cuán odiosa le era su compañía. Dispúsole así la divina Providencia; pues leyéndose en la iglesia, en el curso ordinario de la liturgia, una carta de san Epifanio, obispo de Salamina en Chipre, escrita á Juan de Jerusalem, en la que entre otras cosas se referia que san Jerónimo y san Vicencio se habian abstenido de celebrar por cierta causa muy justa, arrebatado Eulogio de un impulso superior, le dijo á Recafredo: *Si las antorchas y columnas de la Iglesia hicieron esto, conozca vuestra paternidad las dignas y fundadas razones que he tenido para absterme de la licencia de sacrificar y ofrecer todos los dias el venerable misterio de la justicia y de la paz.*

Este zelo ardentísimo que ostentaba nuestro santo por la defensa de la fe, y el valor insuperable con que se oponia á los enemigos de la Religion, le hicieron acreedor á la gloria del martirio, cuya corona consiguió en efecto en premio de sus trabajos. Habia en Córdoba una doncella hija de padres mahometanos, llamada Lucrecia, ó Loercia, á quien una parienta suya, dicha Liciosa, habia educado secretamente en la religion cristiana, y que siendo aun bien jóven no tuvo inconveniente en manifestarlo á aquellos que la profesaban. Sintieron los padres el que hubiese abandonado su secta, y con ella los dictámenes de su profeta Mahoma, á los que la creian adicta á semejanza

de ellos; y para obligarla á que apostatará de la fe, se valieron de todos los medios, aun los mas crueles, que pudo sugerirles el enemigo de la salvacion. En este apuro recurrió Lucrecia á san Eulogio, conocido por padre y protector de los cristianos, quien la refugió en su casa, cuidando cautelosamente de su seguridad, y mandándola despues con secreto de una en otra casa de sus amigos, sin cesar de instruirle en las verdades infalibles de nuestra santa fe, fortificándola en su creencia, y esforzándola á padecer por amor de Jesucristo. Las diligencias que los terribles padres de esta inocente virgen hicieron para hallarla fueron tales, que en fin la encontraron, y ella y Eulogio fueron presos y presentados al juez.

Acusado nuestro santo de seduccion y robo de la doncella, respondió á estos cargos que se le hicieron por el magistrado abominando la criminalidad que en sí contenian, de que jamás podia ser autor; demostróle admirablemente que, por la dignidad y obligaciones de sacerdote de Jesucristo, estaba en la indispensable precision de favorecer á todos los que se acogian bajo su amparo por causa de la fe; hizole ver que segun los propios principios de que no podia separarse ni un mahometano, habia tenido razon en aconsejar á la santa virgen que prefriese siempre Dios y su salvacion al respeto de sus padres carnales, principalmente cuando querian pervertirla. En el mismo acto ofreció tambien al juez enseñarle la infalible verdad de la religion cristiana, y demostrarle las necedades y delirios de la secta de Mahoma; pero irritado el bárbaro, sin tener que responder á los nerviosos y concluyentes discursos con que habló Eulogio en defensa de su conducta para con Lucrecia, mandó traer varas con el fin de azotarle. Mas despreciando el santo la debilidad de aquel castigo, le provocaba con entereza á que ordenara afilar el

cuchillo que de un golpe lo acabase, porque lo demás era perder el tiempo, y debía estar seguro que jamás desistiría en la defensa de las verdades que le había oído sostener, aunque le costara perder una y mil veces la vida.

Viendo el juez la constancia y fortaleza de Eulogio, y que nada aprovechaban sus crueles amenazas para intimidarle ó rendirle, le hizo conducir al palacio, y presentarle al consejo del rey, para que este supremo tribunal juzgara la causa de un hombre de su carácter. Pusiéronle á presencia de aquel formidable senado; y uno de los consejeros, afecto á nuestro santo, tan lleno de compasion como de ignorancia, hablándole aparte, le quiso persuadir que cediese en el ardimiento con que se había empeñado por la Religion; que renunciase solo de boca á Jesucristo delante del tribunal, aunque en su corazon retuviese constantemente la fe; esto precisamente por un instante; pues haciéndolo así, conseguiría la libertad, y permanecería en el franco ejercicio de la Religion. Oyó Eulogio con horror tan abominable propuesta, y despreciando el perverso consejo, como tambien detestando al que se lo daba, con una santa intrepidez se puso á la frente de aquel maligno senado, y habló en favor de la fe con mayor valor si cabe, y con mas impetuosidad que lo había hecho á presencia del primer ministro. Oída su confesion por los jueces, le condenaron á ser degollado. Cuando le conducian al suplicio, uno de los criados del rey le descargó una terrible bofetada; pero el santo, lejos de quejarse de la injuria, le presentó su otra mejilla, que tuvo el infeliz la osadía de herirle igualmente. En fin, puesto de rodillas en el lugar del martirio, armado con la señal de la cruz, y fijando sus ojos con el corazon en los cielos, prestó con un semblante dulce y risueño su inocente cuello al cuchillo del bárbaro ejecutor

que le cortó la cabeza, y pasó su dichosa alma á disfrutar los premios eternos el dia 11 de marzo de 859.

Apenas fué acabada esta cruel ejecucion, cuando Dios quiso manifestar la gloria del santo mártir con prodigios visibles, de que fueron testigos los mismos infieles. Habiendo arrojado el bendito cuerpo al rio, y quedándose á la orilla, una paloma de extraordinaria blancura se puso sobre él, y allí estaba inmóvil, hasta que ostigada de los enemigos voló á una torre contigua, desde donde se observaba estar mirando al venerable cadáver, al rededor del cual, un centinela vió en la misma noche, bajando á beber agua al rio, que muchos sacerdotes vestidos de blanco y con hachas encendidas en las manos cantaban las divinas alabanzas. En el dia siguiente al de su martirio, rescataron los cristianos la cabeza, y á los dos despues pudieron haber el cuerpo, el que sepultaron en la iglesia de san Zoilo, donde había sido sacerdote asignado hasta la muerte, y en el primero de julio del año siguiente fué trasladado del primer lugar á otro mas decente. En el mismo templo permaneció hasta el año de 883, en que fué trasferido con el de santa Lucrecia á la ciudad de Oviedo, donde por intercesion de su siervo se dignó el Señor obrar muchos prodigios; y con motivo del que ejecutó con don Rodrigo Gutierrez, arcediano de aquella santa iglesia, fué trasladado segunda vez el año 1300 á la cámara santa del mismo templo, siendo obispo de Oviedo don Fernando Alvarez.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Cartago, los santos mártires Heraclio y Zósimo.
 En Alejandría, la pasion de los santos Cándido, Piperion, y otros veinte.
 En Laodicea, en Siria, los santos mártires Trófimo

y Talo, los cuales, en la persecucion de Diocleciano, despues de muchos y crueles tormentos alcanzaron la corona de la gloria.

En Antioquia, la conmemoracion de muchos santos mártires; de los cuales algunos por orden del emperador Maximiano fueron puestos sobre parrillas encendidas, y asados, no para matarlos presto, sino para mas largamente atormentarlos; otros por medio de cruelísimos tormentos llegaron á la palma del martirio.

Allí mismo, los santos Gorgonio y Firmo.

En Córdoba, san Eulogio presbitero, el cual, en la persecucion de los Sarracenos, mereció ser compañero de los mártires de aquella ciudad, cuyos combates, padecidos por defender la fe católica, habia escrito con santa emulacion.

En Sardis, san Eutimio obispo, el cual, por venerar las santas imágenes, primeramente fué desterrado por orden del emperador Miguel, destruidor de las imágenes, y despues consumó el martirio siendo emperador Teófilo.

En Jerusalem, san Sofronio, obispo.

En Milan, san Benito, obispo.

En los confines de Amiens, san Fermin, abad.

En Cartago, san Constantino, confesor.

En Babusco, en la Campaña de Roma, san Pedro, confesor, esclarecido en milagros.

La misa es del comun de muchas santas mártires no virgenes, y la oracion la que se sigue.

Da nobis, quæsumus, Deus noster, sanctarum martyrum tuarum Perpetuæ et Felicitatis palmas incessabili devotione venerari, ut quas digna mente non possumus celebrare, hu-

Concedenos, Señor Dios nuestro, la gracia de reverenciar con devocion constante las victorias de tus santas mártires Perpetua y Felicitas, para que ya que no podamos solemnizar

milibus saltem frequentemus obsequiis. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

dignamente su triunfo, á lo menos las rindamos humildemente nuestros frecuentes respetos. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epistola es del cap. 51 de la Sabiduria.

Confiteor tibi, Domine Rex, et collaudabo te Deum Salvatorem meum. Confitebor nomini tuo: quoniam adjutor, et protector factus es mihi, et liberasti corpus meum à perditione, à laqueo linguæ iniquæ, et à labiis operantium mendacium, et in conspectu astantium, factus es mihi adjutor. Et liberasti me, secundum multitudinem misericordiæ nominis tui, à rugientibus preparatis ad escam, de manibus quærentium animam meam, et de portis tribulationum quæ circumdederunt me: à pressura flammæ, quæ circumdedit me, et in medio ignis non sum aestuata: de altitudine ventris inferi, et à lingua coinquinata, et à verbo mendacii, à rege iniquo, et à lingua injusta: laudabit usque ad mortem anima mea Dominum, quoniam eruis sustinentes te, et liberas eos de manibus gentium, Domine Deus noster.

Yo te daré gracias, Señor Rey, y te alabaré, ó Dios y Salvador mio, porque has sido mi ayuda y mi protector. Glorificaré tu nombre, porque libráste mi cuerpo de la perdicion, del lazo de la lengua injusta, y de los labios de los forjadores de mentiras, y has sido mi defensor contra mis acusadores. Y me libráste segun la muchedumbre de la misericordia de tu nombre, de los leones rugientes dispuestos á devorarme, de las manos de los que querian quitarme la vida, y de todas las tribulaciones que me cercaron por todas partes; de la voracidad de la llama que me rodeaba, y en medio del fuego no sentí el calor; de la profundidad de las entrañas del infierno, de la lengua impura, y de las palabras de mentira, de un rey injusto y de las lenguas maldicientes: mi alma alabará hasta la muerte al Señor; porque tú, ó Señor Dios nuestro, libras á los que esperan en tí, y los salvas de las manos de las gentes.

NOTA.

« Aunque el libro canónico del viejo testamento » intitulado *el Eclesiástico*, de donde se sacó esta » epistola, no fué compuesto por Salomon, sino por » Jesus, hijo de Sirach, con todo eso se llama tambien » *Libro de la Sabiduría*, así porque se compuso á imi- » tacion de los proverbios de Salomon, y fué inspirado » por el mismo Espiritu Santo, como tambien porque » está lleno de sabias instrucciones y saludables » máximas. Los antiguos le dieron otro nombre en » griego, que significa *toda virtud*, para dar á entender » que es una universal filosofia moral. »

REFLEXIONES.

Es el reconocimiento una especie de tributo que se debe á los favores que nos hacen. ¿Quién tendrá mas derecho que Dios para exigir de nosotros este tributo? ¿de quién hemos recibido mas favores? ¿quién nos ha hecho mejores oficios? Y en medio de eso, ¿cuánto y cuál es nuestro reconocimiento? Traigamos á la memoria aquella mano benéfica que nos ha sacado de tantos peligros, que nos ha conducido por senderos tan seguros y tan trillados, que nos ha sostenido en tantos y tan peligrosos pasos; aquella mano liberal que no cesa tanto tiempo ha de derramar sobre nosotros copiosa abundancia de favores. ¿Qué bien no hemos recibido de su beneficencia? Subamos con la consideracion hasta aquellos incomprensibles beneficios de la creacion, de la redencion, de la vocacion, á tantas gracias particulares de que el Señor nos ha colmado. ¿Quién no tendrá justo titulo para decir que el Señor se ha declarado su defensor y protector? *Quoniam adjutor, et protector factus es mihi.* ¿Qué de lazos ocultos en una region donde reina tan poco le

buena fe! *A laqueo lingue iniquæ, et à labiis operantium mendacium.* ¿Qué de escollos en el mar borrascoso de este mundo! ¿Debemos acaso á nuestra industria el habernos librado hasta aquí de tantos peligros? ¿podrá jamás ser obra de nuestras manos nuestra salvacion? ¿quién no sabe que las pasiones con que nacemos son otros tantos leones prontos para despedazarnos? *A rugientibus præparatis ad escam.* ¿Quién no sabe que todo es tentacion, todo peligro sobre la tierra? ¿Y quién nos ha sacado hasta aquí de tantos males? ¿quién nos defiende? ¿quién nos protege? ¿quien saca la cara por nosotros? ¿Ignoramos que de todos estos beneficios somos únicamente deudores á la pura bondad de nuestro Dios? Ni son menores los que todavía esperamos de su amorosísima mano. ¿Y en medio de eso cada dia somos mas ingratos á nuestro insigne bienhechor, á nuestro Dios, á nuestro Salvador, á nuestro Padre! ¿Cuándo comprenderemos la enormidad y las funestas consecuencias de esta ingratitud? ¿Y qué castigo le corresponderá!

El evangelio es del cap. 13 de san Mateo, y el mismo que el dia IX, pág. 194.

MEDITACION.

DEL PRECIO DE LA SALVACION.

PUNTO PRIMERO.

Considera cuánto vale la preciosísima sangre de Jesucristo; tal es justamente el precio de tu salvacion, eso lo que vale tu alma. ¿Pero es esta la idea que tenemos de nuestra salvacion eterna?

Ella es un tesoro, pues encierra en sí no solo todos los bienes, sino la fuente de todos en la posesion del mismo Dios. Pero bien se puede llamar tesoro escondido, pues son tan pocos los que conocen su precio;